

APROXIMACIÓN A LA NARRATIVA DE GUILLERMO BUSUTIL

F. MORALES LOMAS

Ya conocía suficientemente la narrativa de Busutil al que había incorporado en mi obra *Narrativa española contemporánea*, donde consideraba que su narrativa es suelta, plástica y torrencial, con un especial cuidado por el significante hasta el punto de que es el resultado de una percepción significativa sobre la trascendencia del lenguaje bien dicho como fuente de placer literario. De hecho afirmaba que ese lenguaje que con tanto acierto es “mestizo, minimalista, directo, contaminado por lo poético y lo ensayístico, posiblemente porque soy heredero del periodismo americano literario de la escuela de Tom Wolfe”. Pero sus mundos también son amplios, complejos, urbanos, generosos y actuales, penetrados de la modernidad y atentos a sus conformaciones. Una actualidad a la que nunca fue ajeno por su especial condición de periodista atento y significado.

Pero junto a ello su obra traduce un profundo conocimiento de la técnica narrativa cuentística de la que es uno de los principales cultivadores en el momento actual junto a escritores como Care Santos, Juan Bonilla, Hipólito G. Navarro... Decía este escritor granadino afincado en Málaga, que en el relato "si no atrapas y llevas sin respiración al lector hasta el final, no funciona", y agrega que el escritor de este subgénero en el que se ha especializado es como el corredor de los mil quinientos metros: "Los entrenadores nos decían que había que salir fuerte, mantener el ritmo y esprintar en la última curva, y eso es el relato". Y Busutil aspira a expresar esa visión atlética del escritor en sus relatos, dotados de intensidad y recorrido ajustado y preciso, tanto en la organización estructural, de la que es bastante amante, como de la significación en el plano del significante. Al respecto decía:

“El cuento es un golpe de mano, basado en el reverso de la realidad o en la imaginación de lo probable, que expresa pequeñas ráfagas de vida, misterios de un instante e intensas cápsulas de tiempo para disfrutar a contratiempo. Y aunque todavía, muchos editores y críticos lo consideren un ejercicio de iniciación o el hermano pequeño de la novela, el cuento es un género autónomo, rico en estilos y adecuado para lectores que, al igual que el resto de las personas están atrapados por la actual existencia *expres*”.

Sobre su percepción narrativa y la función del lector en su obra advertía que “busca un lector inteligente”. Y cuando esto refería, sin duda que se alejaba de un tipo de lector actual que sólo busca en la literatura pasar un rato entretenido. No es ajeno al entretenimiento, evidentemente pero es más exigente con su lector: “Hoy predomina el lector *kleenex*; que busca ocupar un tiempo muerto o entretenerse. Pero la lectura es un diálogo entre el que escribe y el que lee. El escritor ejerce su condición de ciudadano a través de la literatura. A mí me interesa la literatura que dispara a la realidad que nos rodea, y eso exige un lector

que sea activo, cómplice”, decía en unas declaraciones al diario El País, el nueve de abril de 2003.

Ha publicado hasta el momento varios libros de relatos: *Los laberintos invisibles* (1986), *Confesiones de un criminal* (1988), *Individuos S. A.* (1999), *Marrón Glacé* (1999), *Drugstore* (2003), *Nada sabe tan dulce como la boca del verano* (2005), *Moleskine* (2009) (antología de relatos) y *Vidas prometidas* (2011), que en el momento que escribimos estas líneas no se ha presentado aún.

Los nueve cuentos de *Individuos S.A.*¹ se desarrollan en Viviana (Málaga), una ciudad ficticia, pero muy real, en la que presenta temas como el intrusismo, la violencia, la avaricia, el fraude... En su mayoría son relatos policíacos y costumbristas en los que las crónicas de seres que viven situaciones trágicas o esperpénticas son manifiestos, seres sometidos a una realidad que los aprisiona.

Según Eduardo Moga² “la prosa de Busutil es suelta, plástica y levemente torrencial. Abundan las metáforas, aunque a veces se regateen a sí mismas (“la erección del índice ahorcando el gatillo”). El bagaje retórico -en el que destaca el uso certero de la hipálage- es lo suficientemente amplio como para que la lectura no resulte monótona. (...) La principal objeción que cabe hacer a *Individuos, S.A.* no es estilística, sino estructural: con frecuencia, el narrador narra demasiado”. Esto que puede resultar para críticos como Moga una realidad que desmerece el relato puede considerarse en sentido contrario como un valor en sí mismo, porque todo dependerá de la perspectiva que se quiera adoptar.

Sus relatos son, en cierto modo, un compromiso con la sociedad que le ha tocado vivir, una sociedad en la que la publicidad organiza sus conquistas y ejerce su voluntad así como los medios de comunicación y el consumo; una sociedad en la que la ambición y el materialismo son una sustancia en la que viven y se desbrozan los personajes. Claramente influido por el cine negro y la narrativa de corte policíaco, amén de la observación intelectual de la realidad.

Comienza *Individuos S.A.* con “Manos de plata”, una historia de psicologías antitéticas en principio que acaban pareciéndose, un proceso de desdoblaje y acercamiento, porque el chorizo Matías Vandelvira, “Manos de Plata”, no tiene nada que ver con el inspector Gonzalo Tizón “El Guapo”. Sin embargo, ambos necesitan igual del dinero. En “El fotógrafo desarmado” quiere construir la metáfora de la imagen. “El puente del arquitecto” cuenta la visión de la ciudad futurible, un artista que partía del principio de que debía “envolver la obra en sus propios sueños y necesidades interiores”, un poeta de las formas. El mundo de las mafias organizadas y la perversión de una sociedad en la que sólo triunfa la deshonestidad y el valor de uso o cambio que pueda tener el ser humano surge con fuerza en su obra.

Entre esa gama abigarrada de personajes que se mueven en los bajos fondos y llegan sin escrúpulo a convertirse en símbolos de influencia y poder,

¹ Busutil, G. (1999): *Individuos S.A.*. Málaga, Arguval.

² Moga, E: “Individuos S.A. de Guillermo Busutil”, [en línea], Dirección URL: <<http://www.lateral-ed.es>>. (Consultado el 3 de abril de 2002)

encontramos uno nuevo en “El borrador de huellas”... Guillermo Busutil en su obra es fiel al título que le ha dado, pues su operatoria narrativa se sustenta en torno a la configuración de los mundos novelescos de sus personajes y sus respectivas psicologías. No hay historias en sentido clásico, es decir, con un argumento preciso, sino más bien recreaciones y literaturizaciones sobre espacios y realidades que son empleadas por el escritor granadino para recrearse en el sabor de la palabra, su proyección verbal y los abundantes recursos expresivos que posee sustentados básicamente en la simbiosis del mundo real de la palabra y el ficticio de las imágenes en aras de dotar al texto de una textura literaria, más que de una historia encerrada en sí misma.

Historias en las que emplea la primera o la tercera persona narrativa, persistentemente omnisciente, dominando con soltura sus personajes y sustentando siempre el superestrato ideológico de que la sociedad donde se desenvuelven estos está totalmente corrompida, adocenada y envuelta en la podredumbre, tomando el realismo como horma de sus obras aunque con tendencia a la simbolización metafórica.

Drugstore (2003) habita ese mismo ámbito de expresividad narrativa culta en la que el valor de la palabra y la imagen, así como la amplitud y precisión de sus descripciones, poseen tanta fuerza como su necesidad de conseguirlas. Busutil, muy amigo del imaginario en la literatura española, que podría seguir el manifiesto expresivo de escritores como Prada o Compán (y en el pasado un Proust conciso), es un trabajador de la lengua española, a la que procura sacarle los mayores resortes expresivos con todo tipo de imágenes, metáforas, desplazamientos semánticos, asociaciones inesperadas de todo tipo, etc. Su territorio es el lenguaje y la palabra a través de las que crea un estilo personal y propio que se caracteriza por el cuidado de la lengua. Algo que en un periodista es extraño, pues el día a día impone un ritmo lingüístico desaliñado que ya en su momento advirtió Azorín. En Busutil no sucede esto y la lengua española adquiere un gran valor literario. No se puede discutir la brillantez expresiva -de la que hace también gala en su periodismo preciosista-, que ha sido vista por algunos críticos como uno de sus principales valores aunque sus mundos son heterogéneos, dilatados y envolventes. Al respecto decía Antonio Garrido Moraga³ que “hay mucha cultura en estos cuentos, cultura que no dato pedante impostado para demostrar que el autor no tiene más que sequedad en la punta del teclado. La cultura es asimilación y eso permite los guiños y otro rasgo clave de este libro: la contraescritura”.

Hay varios elementos comunes a las veintiuna historias que conforman *Drugstore*. En primer lugar los personajes: en todas sus narraciones desarrolla la historia o la vida de uno de ellos -descrito con todo lujo de detalles- a partir de un enfoque claramente antirrealista al uso; sus prototipos aspiran a crearnos una imagen amplia y vigorosa en la que Busutil despliega todas sus capacidades

³ Garrido Moraga, A. (2003): “La tienda mágica” en *Cuadernos del Sur*, nº 784, p. 12.

asociativas y semánticas para embriagar al lector. Una historia y un/una protagonista concentrados. En una gran mayoría el "héroe" de sus relatos es un hombre que frisa entre los treinta y los cincuenta años y destaca en alguna profesión (Pancho Ramos, en el boxeo; Pascual Madeira, en el cine; el inmigrante Abadie deviene un héroe en sentido estricto al final; Costa Gómez, en el periodismo; Iron Eyes, en el cine; Marolo Magallanes, haciendo castillos de arena; Simón Haendel, en el reportaje fotográfico, etc.) sobre la que Busutil despliega un detallismo preciso. De hecho es la búsqueda de éste un instrumento trascendental en su obra. En un momento determinado de un relato dirá que los detalles son más importantes en sí que las historias.

Los personajes "juegan" a la búsqueda de una identidad o a la conformación de un espacio imaginario donde esta identidad o "ilusión" sea asumida. Lo que convierte también sus relatos en propuestas psicológicas: en algunos casos como búsqueda preestablecida. Pero en la mayoría existe una identificación o si se quiere una conformidad con la vida que llevan, aunque en otros casos puede producirse un desdoblamiento como en el caso de Pascual Madeira.

Las mujeres, en cambio, poseen un papel secundario, aunque protagonizan algunos relatos: Emmanuelle García (en "La burbuja Leopardi"), seleccionada en un casting con objeto de presentar un spot publicitario de una bebida: la puesta en escena es tan perfecta que se evapora en la atmósfera del escenario. Una mágica desaparición es también la que protagoniza Jennifer T. en el cuento homónimo. La asistente social Grecia Sánchez lleva la voz en "Una pareja confortable". Una chica de hogar, Violeta Reina, encarna el protagonismo en "El secreto sueño de Violeta Reina". La bailarina Gloria Gumbau en "Baile Retro, Satanás". Un canto a la pintura en libertad y el graffiti nos lleva de la mano de Siena Pantone. Sin embargo, Busutil se encuentra mucho más a gusto elaborando hombres que, en ningún caso, son problemáticos socialmente aunque sí presentan su propio conflicto interior.

Todas sus historias se centran en el ámbito urbano del que obtiene una expresividad manifiesta. Siendo su territorio imaginario la ciudad de Viviana, identificada con Málaga, que aparece con su nombre, no obstante, en algunos relatos como sucede también con la ciudad de Copenhague.

Los periodos oracionales son amplios y con abundante hipotaxis, lo que genera una lentitud elocutiva arropada por la ausencia de intriga o de una historia concreta, como no sea el desarrollo de la historia psicológica o vital del personaje protagonista. No existe una literatura de conflictos, aunque sí existe una visión liberal y comprometida en el orbe social si bien no identificado con ningún manifiesto ideológico. Unas veces son historias cerradas, en la gran mayoría, pero en otras ocasiones las prefiere abiertas dejando un halo misterioso e intrigante, evidente más en los comienzos narrativos.

En definitiva, un escritor que afianza su labor narrativa con esta nueva entrega y consolida un estilo dotado de una búsqueda incansable de la expresividad, la descripción y el desarrollo psicológico en un mundo conflictivo.

Nada sabe tan bien como la boca del verano es una bella edición de Francisco Javier Torres en e.d.a. libros, Benalmádena, 2005. Con él no sólo ha querido reflejar una creciente sensualidad o erotismo (en el primer relato) sino también la trascendencia de la memoria en la configuración de la obra literaria. A través de sus once historias penetramos en el trasiego de los sentimientos y en lo que llamaría la conformación de una memoria sentimental o de un código sentimental de la memoria. Por ello dirá el escritor al final del libro: “Siempre hay un verano al que regresa la memoria en busca de un amor, de un paisaje, de un cuerpo, de la infancia... En la vida de cada uno, siempre hay un verano para cambiar de piel, encontrarse de nuevo o contar, con palabras suaves, lo que fuimos o lo que será tal vez”. En estas historias se ha despojado, *grosso modo*, del lenguaje barroco, del manierismo verbal y la imagen impactante, y ha buceado en la construcción de la memoria a través de unas oraciones más directas, menos envolventes, más progresivas que permiten un mayor avance narrativo y el rescate de la narración en estado puro. El *dilettantismo* formal de otros tiempos cede ante un contenidismo emotivo que permite hablar de la construcción de un cancionero en prosa de los afectos.

En “Melville” (¿un homenaje al narrador americano?) una pareja va de vacaciones al pueblo de Melville para reconstruir su pasión de antaño. El hombre, Conrad (¿otro homenaje?) se muestra desanimado hasta que la excitación ante la contemplación de la joven pescadora Rhodas le reactiva la pasión hacia su mujer. Se trata de la pasión diferida y las rémoras del paso del tiempo en la conformación de la pasión amorosa. Para ello opta por un lenguaje directo en el que no puede faltar la influencia de la narrativa erótica fundamentalmente desde *Manont Lescaut*, *La filosofía en el tocador* o *Las amistades peligrosas*. Así dirá en un lenguaje querido para la colección La sonrisa vertical: “Ella no conseguía contener la excitación que la hizo curvarse sobre Conrad y lamerle la verga..., Lelouch notó en su pubis la súbita erección del miembro de Conrad..., pidiéndole que no dejase de follarla..., mientras él se erguía apretando sus nalgas y mordiéndole los pezones..., susurrándole que nada sabía tan bien como la boca del verano”. La construcción del deseo y la influencia de elementos exógenos al mismo, pero determinantes, ofrecen la posibilidad a Busutil para, llevado de un lirismo meticuloso, crear adecuados meandros expresivos en el que existen metáforas, perífrasis y metonimias con una ajustada adjetivación.

De una belleza dolorosa podríamos tildar los últimos días de una pintora lesbiana, Ítaca Sneky, a la que poco a poco la va consumiendo el cáncer en “Pop de la costa oeste”. Su pintura se caracteriza por la construcción con la mirada de un entomólogo y la unión de la experiencia existencial y la pura estética: “Mujeres y hombres de carnalidad mortal expresando su propia imagen escénica y sus vínculos con una realidad definida por la publicidad, la cultura y los conflictos de

una sociedad cambiante”. Su enigmática y última exposición lleva el título: *Nunca se consigue expresar todo lo que se ama*. La acción transcurre en Málaga pero también en otros lugares que se transforman en centro de su viaje. Realiza sus últimas voluntades, legándole su casa y los derechos de su obra a su amada Cortés, para después marchar en un velero.

“Grimper”, la última historia del hombre-araña es un homenaje también a la memoria y quizá a aquellos tebeos de antaño que tanto cautivaron a los miembros de su generación. El protagonista es Wan der Waals, descrito con todo lujo de detalles, que se prepara para su última gran aventura. El puntillismo descriptivo adquiere una gran arquitectura lingüística para conformar este escalador de los sueños colocado frente al Seffer Spy Building para culminar su carrera, su última ascensión mientras se va construyendo a través del proceso de tensión-distensión el suspense necesario para saber si Waals conseguirá su propósito o la derrota será su último aliento.

La historia de una corredora de bolsa, su pasado, sus emociones..., son el germen de “Beach Stone L-40”, donde observamos la obsesión de Busutil por los objetos, el futurismo y la posmodernidad. La protagonista es Genoveva Strani, cuarenta y dos años, presentada como la mujer directiva y poderosa con la que Busutil está dispuesto a demostrar que la igualdad es un instrumento de la modernidad. Sus encuentros con Alain, las confidencias con Muriel, sus obsesiones y preocupaciones son el centro del relato en donde también descubrimos a una mujer romántica que ha descubierto lo mítico de lo cotidiano.

Muy diferente es “La piel de O’Hara”, en la que un joven corredor evoca el encuentro erótico con su amiga Santos. En esta historia la ligereza expresiva es rauda y la acción se apodera de la obra en la que se construye un fragmento de la vida de Óscar, sus primeros años en el colegio, su pasión por la educación física, sus abuelos, la mítica infancia perdida, el encuentro con Santos: “El olor despeinado de su cabello y su carnosa sonrisa (...) El aire aromaba a romero y a la resina que rezumaban los muslos entrecerrados de Santos, moviéndose sinuosa encima de mi cuerpo”.

La historia de Isabella Martel y el naufrago, así como la disputas de otras mujeres por poseerlo son como una recreación de algún pasaje de *La Odisea* en “Punta mujeres”, donde destaca *ab initio* el galicismo “en glisando” y la reiteración de la preposición “en” que recarga en demasía el relato en su primer párrafo. Es habitual en Busutil la trascendencia que adquiere la adjetivación. No ya sólo en este relato sino *grosso modo*, fundamentalmente los adjetivos especificativos y apreciativos, así como la trascendencia de la recreación en las descripciones que pretende construir con parsimonia y todo lujo de detalles.

En “Iguana” dos amigos (uno escritor y otro escultor) son los protagonistas de la historia que relatan una excursión a Iguana, un lugar paradisíaco. Uno de ellos es lector empedernido de *La Odisea*.

La historia de Ezra y Coré, él con síndrome de down, protagoniza “El salto del ángel”. Casi todos sus comienzos son *in media res* y unas veces el

narrador es en primera persona y otras es narrador omnisciente. Lo curioso es el nombre que coloca a algunos personajes (Blake, Cavafis, Hölderlin...), como homenaje a todos ellos. De hecho Ezra no es otro que Ezra Pound. Es una historia simbólica y afectiva, un homenaje a sus lecturas y una gran metáfora, pero también un recorrido por la adolescencia y los sentimientos: “Nunca supe si mi padre se lo expuso al tío Rainer María. Pero lo cierto es que dejar de salir con Ezra y aquella ruptura resultó beneficiosa para mi primo”. Granada, la patria del escritor, aparece en esta historia con los lugares de su infancia: La Neptuno, el club de tenis, El Apolo, La Miami... Una historia de homenajes en la que el narrador confiesa que la vida le ha proporcionado “sorprendentes alegrías, recompensas y algún que otro quebradero de cabeza”.

“World woman love” refiere la historia de Sebastián Juve y su otro yo, Leopoldo Scarpa, por ganar el concurso televisivo *Memoria y Gana*. En ese trasiego realiza Busutil una crítica fehaciente hacia un tipo de sociedad que sólo valora la juventud y en absoluto la experiencia que es vista como un lastre. El encuentro con la joven Nguyen, a la que conoce gracias a la web World Woman Love, junto con el éxito televisivo en el concurso de marras permiten al protagonista conquistar otra vida.

La historia de Enrique Gable es la protagonista de “Coraline”. Tras obtener la baja por depresión inicia un viaje por Holanda con su mujer, Greta, y las niñas. En un momento del relato se quejará de que la vida le ha demostrado “que el talento, el coraje y el esfuerzo, no garantizan que las personas salgan adelante. Está harta de ver como triunfan muchos hijos de puta y quienes sólo saben hacer la pelota o poner zancadillas”. Una imagen agria que contrasta con la del viaje. En cierto modo, como todas estas historias, un viaje hacia el fondo de sí mismo, de sus demonios personales y del mundo en torno.

Por último en “Pandora”, de título mítico tan alusivo, vuelve circularmente al principio con un relato erótico –sólo al comienzo- en el que el protagonista es Malo de Molina (el mismo apellido del profesor de la Universidad granadina). En un lenguaje fiero y descarnado nos habla de la verga antes de embestir o el coño de Montenegro: “Sabía que lo único real, para Malo de Molina, era una buena puta de manos expertas, cálidos muslos y un silencio confortable”. La historia con la joven eslava con la que se había “arrejuntado”, su muerte y la niña que nació -a la que pondría el nombre de Pandora (el mismo lugar adonde llegó)-, Consuelo Vives, Larousse..., van conformando un relato intenso.

Una obra plural que enmarca a un narrador en plena madurez creadora y en el que ha dejado progresivamente los arropes descriptivos, el regusto por un lenguaje ornamentado para adentrarse en la fiereza de las historias y un sabor agridulce ante la existencia que es organizada por el tamiz de la memoria y el encuentro con una sociedad dispar a la que se critica con frecuencia.

Juan Carlos Palma⁴ decía que “son pequeñas y emotivas odas a la ilusión y a la felicidad, que se esfuman por arte de magia con la misma rapidez que vinieron (...) Un regusto azucarado, sin llegar a lo meloso, que deja en el lector un agradable sabor de boca. No sería justo hablar de perdedores, si acaso de personajes que arrastran cierta frustración”. Son muchos los temas presentes en estas historias: el sexo, el amor, el arte, la identidad, la incomunicación, la debilidad humana... Decía Justo Navarro en la presentación de esta obra que “trata la vida corriente, diaria y casi burocráticamente normal, como si fuera algo absolutamente fantástico, y, en un mismo movimiento sumergirse en lo fantástico como si fuera lo más normal del mundo”. Y José María de Loma⁵ hablaba de que a través de este compendio de historias se pone de manifiesto “la exaltación y el revuelo de los sentidos, la carnalidad, el gusto salobre que adquiere la vida”.

Creo que a partir de *Vidas prometidas* (Tropo Editores, 2011, 189 pp.) la narrativa de Guillermo Busutil ha operado algunos cambios estéticos significativos que ofrecen una visión complementaria a su mundo artístico y creador. Hasta ahora encontrábamos en su obra un lenguaje poético y ensayístico atento al puntillismo del detalle en los significantes, una narrativa suelta, plástica y torrencial, que debía mucho a su estilo periodístico ágil en el que la estética del lenguaje y el valor de la palabra poética, su imaginería generosa y exuberante, era una fuente de reconocimiento literario. Una narrativa atenta a la modernidad y sus espacios para la reflexión con especial atención a los ámbitos urbanos y a la reflexión ética.

¿En qué ha cambiado esta percepción estética?

Básicamente en la agilidad, la rapidez narrativa y en la eliminación de elementos prescindibles junto al valor de la memoria y la construcción de una nueva sentimentalidad de potente raíz crítica y comprometida. Su función poética se acerca más a la narrativa norteamericana en el discurrir del discurso narrativo fluido con voluntad de “practicismo” y en la proyección del mismo formalmente aunque es muy mediterráneo en otros aspectos más sentimentales.

En primer término, los ámbitos de reflexión lingüística y formal poseen una finalidad más instrumental que teórica. En la obra “Generación quemada (Una antología de autores norteamericanos)” de Marco Cassini y Martina Testa se percibía esa preferencia por aquellos escritores que se concentran más en contar eficazmente una historia que en tensar poéticamente el lenguaje. Y además los relatos se centraban en las desdidas y padecimiento del ciudadano medio ante una sociedad dominada por el desencanto, el aislamiento, la enfermedad, el consumo, la publicidad...

Ajena al esteticismo formal, la narrativa norteamericana ha eliminado todo lo ocioso para potenciar la fortaleza de la historia y sus recursos estéticos van dirigidos en ese orden. En la narrativa de Busutil se ha operado un

⁴ Palma, J.C.: Summertime blues, en *Mercurio*, septiembre 2005, p. 23.

⁵ Loma, J. M^a: “La boca del verano”, en *La Opinión*, 23 de julio de 2005, p. 45.

adelgazamiento en la construcción de la frase y una reducción de los elementos indolentes que podrían paralizar la atención en la intriga y la fijación en el deambular de la historia. Lo accesorio, que otras veces era un elemento de creación poética, ha sido eliminado y ahora surge la crudeza de la historia, su magma creador, su ímpetu de estremecimiento.

¿Este cambio significa que el mundo poético anterior se ha transformado radicalmente? Creo que no. Sí se ha producido una adecuación de los elementos narrativos a la posmodernidad y una menor atención a la destreza del significante en beneficio de la intensidad en la historia con frases cortas, eliminación de gran parte de la adjetivación, predominio de la parataxis sobre la hipotaxis, de la atención a los elementos primarios del lenguaje y de la rapidez en la historia con la supresión de nexos subordinantes...: “Su parado de Viviana se entrega a la policía después de prenderle fuego a una oficina del Centro de Empleo de Viviana. Su nombre da igual. Su profesión también. Lo único que importa es su drama. El drama que no solo es suyo. Otros, muchos, están en la misma situación que este hombre” (p. 165).

Aunque existen historias que advierten de la reconstrucción de la memoria, en torno a una visión sentimental de época, muchas deambulan por ámbitos familiares en un intento de avalar una arqueología del espíritu, una fenomenología sentimental.

Pero en muchas de ellas, como acabamos de leer, hay persistencia de una concepción narrativa como instrumento ético y transformador y una evidente capacidad satírica que conecta esta narrativa con el realismo crítico de los años cincuenta en la especial atención a personas en situación de exclusión, de desempleo o de abandono. Pero sobre todo en la crítica a un sistema que nos arroja por la alcantarilla cuando no nos necesita. Un sistema no abstracto sino en muchas ocasiones identificado con protagonistas concretos, como en “Un hombre llamado Proust,” en el que surgen los empresarios de los medios de comunicación como objeto de invectiva: “Los empresarios de los medios solo piensan en sus beneficios económicos, en aquellos con los que mantienen el negocio, en las prebendas de la clase política y en algún que otro intelectual con influencia. Ya no se escribe para la gente de la calle” (p. 176). Junto a esta embestida radical percibimos un desencanto manifiesto, como si el mundo en torno al que había soñado, dentro del que pensaba que se podrían hacer grandes cosas, se hubiera venido de pronto abajo.

En otros momentos es la materialización de la sociedad, su reducción al patrón-oro y la consolidación del individuo como valor de uso y de cambio. Así “el dinero mueve el corazón del hombre. Se ha convertido en la medida de todo. Sobre todo en esta sociedad tan bulímica con el trabajo, con el consumo, con los sentimientos, y el sexo. Lo duro es llegar a la conclusión de que si todo tiene un precio, nada tiene valor” (p. 170).

La literatura adquiere una verdadera impronta moral y ética, con mayor crudeza que en épocas anteriores y formando parte de una pretensión estética

cercana al artículo de opinión con el que se integra en algunas de las historias. Es más, en algunos casos la historia se sustenta sobre él. Es el propio artículo de opinión, como en estas palabras que Busutil recoge de un supuesto Viviana News: “Cada uno de estos parados es la suma de muchos parados que no se atreven a cometer una locura o que son conscientes de que los trabajadores de las oficinas del Centro de Empleo no tienen la culpa. Son gente inmunizada. Funcionarios de ocho a tres y una hora para el desayuno... (p. 166).

También podemos percibirlo en “On the air” cuando dice genéricamente que “también las personas se han convertido en un activo que se descapitaliza según la economía de las empresas. Empresas que un día fueron humanas y ahora tan solo un negocio”. Una crisis de las conductas que genera una aguda crítica ante la grave locura instalada que en “El cumpleaños de Oliver Gide” se hace explícito especialmente en la deriva del mundo actual, insensible a las razones de los ciudadanos: “Los dos son conscientes de que hay mucha gente en una situación como la suya o peor aún. Nora se pregunta hacia dónde van sus vidas y si merece la pena vivir corriendo, rehenes del estrés y el desencanto, a qué expectativas laborales aspiran (...) Pero ven como los principios en los que fueron educados ya no sirven” (p. 107).

Su criticismo es relevante y audaz. Hasta el momento (en cuentos de otros libros) puede que menos atroz y más revestido de literatura, ahora más sañudo y directo. Reprocha cómo la idiotez se ha instalado en la sociedad y sólo inmerso en ella se puede vivir ajeno al mundo en torno y cómo el miedo ha sido el vencedor: “La sociedad es la que impone lo que debe ser la felicidad. Lo lamentable es que nadie lo cuestiona, nadie se subleva. Si alguien lo hace, si se convierte en un disidente, es muy fácil quitarlo de en medio (...) El miedo justifica la inmovilidad y la sumisión. Hoy en día, para vivir sin problemas, lo mejor es tener un coeficiente mínimo de idiotez” (p. 111).

Su repulsión al momento actual es evidente y su descontento manifiesto (acaso como en “gente quemada”, el libro citado), hasta el punto de que lo incluiríamos formando parte de ese colectivo social que considera que no era esto para lo que habíamos luchado. Hay una percepción de desafección y tirar la toalla. Esta sociedad que hemos construido no es aquella por la que tanto luchábamos, cada uno desde su posición. Una contrariedad, un desengaño que raya el desaliento, solo compensado con el recurso a la memoria, la afirmación de los sentimientos y los afectos y la reconstrucción de un pasado que apostaba por la esperanza.

En muchas otras historias leídas a Guillermo Busutil en el pasado se observaban creaciones precisas, bien estudiadas pero que formaban más parte de la artesanía del creador, del oficio creativo. Ahora muchas historias no nacen de la petulancia literaria sino de la gravedad del momento, en una sociedad completamente demonizada. Son historias cercanas al ámbito real o sentimental del escritor, a su mundo. De hecho, pocas no tienen que ver con él, si acaso la que lleva por título “Maurice”, en la que el protagonista es un limpiabotas que va

construyendo su historia personal y también la de Solo de Zaldívar y *María la Muñeca* de modo fragmentario, a través de los diversos apuntes que lleva a cabo a aquellos a los que lustra los zapatos.

Esta percepción directa, cautivadora, con personas claramente de carne y hueso (acaso menos “literaturizados” que en otros momentos) transmite una gran verosimilitud a los planteamientos del significado y una mayor cercanía al lector que es más visto como individuo humano que como un especialista en estética narrativa. Acaso ha pretendido con esta transición hacerse más inmediato, con historias más fronterizas y conmovedoras por la proyección de un sentimiento expreso. Así lo percibimos en “La siesta de Odiseo”, que a pesar de su referente literario y el valor de la metaliteratura desarrolla la historia de un niño y sus abuelos y la experiencia con los libros y la Odisea con un trascendente ámbito de la sentimentalidad: “En aquellas tardes de hospital hablamos de muchas cosas. De vivir el tiempo a la medida de cada uno; del amor que siempre se merece que uno arriesgue (...) La única vez que hablamos de la muerte, el abuelo me dijo que la muerte no es difícil si uno la espera preparado y que su única pena era saber que no podría leer más” (p. 64). Una conmoción lírica precisa que contrasta con otros momentos en que el discurso se proyecta fiero en su verdad social.

Reconstrucción de la memoria y ámbito para la sentimentalidad y la percepción de los afectos que en la historia de “La señorita Margot” operan una fusión perfecta. ¿Por qué los antiguos alumnos de la señorita Margot se unen para ayudarla en su vejez? Esta arqueología del sentimiento es la que aborda Busutil con generosidad y reconocimiento al trabajo. Una sutileza ética que va calando en todas sus historias. Su moraleja, su proyección humana siempre está presente en estas como un compromiso del escritor con unos valores que se han ido perdiendo en la posmodernidad.

El mundo del periodismo y la radio, las historias vividas en la escuela o en el instituto, las oficinas de desempleo, los encuentros con compañeros de estudios, la fotografía (a la que tan aficionado es), los diversos ámbitos familiares (abuelos, hijos...)... son recintos, espacios, colindantes al escritor o inmersos en él mismo, personajes con los que el acomodo es más fácil de producirse y la simbiosis casi perfecta.

Un libro abierto, generoso y demoledor con el mundo que en su trayecto preciso y conmovedor alcanza sus últimas posiciones.